

Walter Luis Katz

Verde Era También Mi Valle

Comentario:

Mi calle

Cada persona tiene la facultad de oír sonidos y ver imágenes que percibió en el pasado; esta vez, esto ocurre en un presente ubicado en la mente y en el corazón. El pasado es presente y el presente es pasado al mismo tiempo y, se encuentran en la misma dimensión y época, si los trae el pensamiento; las imágenes y vivencias tienen relevancia y fuerza espiritual, e influyen en los sentimientos y percepciones de las personas relacionadas con ese pasado, física y espiritualmente. Así ocurre cuando recuerdo a mi valle en todas sus épocas.

Ahí estaba la primera calle del pueblo, con veredas altas, rociadas por acequias de aguas tranquilas, rumoreantes cada vez que rozaban alguna piedra o llegaban a un desnivel. En los bordes de esas acequias crecían diversas hierbas; sus semillas habían encontrado refugio en las orillas, y germinaron. Una de las veredas descansaba contra los edificios; separados en exacto orden, crecían arbolitos, cuyas raíces eran regadas por esas aguas y, en la otra vereda, cada tanto se erguía un imponente sauce llorón, que inclinaba sus ramas, hasta llegar a la corriente que refrescaba sus hojas. La ausencia de edificios era reemplazada por un extenso cerco de tamariscos que separaba la parte poblada, de los terrenos del ferrocarril. La vista panorámica era totalmente diferente en ambas aceras.

Al final de la calle, se veía el horizonte verde, producido por la perspectiva y la arboleda. En esa relativa lejanía, el contraste de colores entre los árboles, la calle enripiada, algunos vehículos, el celeste cielo, las nubes y el dorado sol, semejaban un raro arco iris, aparecido al cesar la tenue llovizna.

En ese lugar, las acequias se despedían de la calle y, continuaban unidas, regando la verde extensión.

Buena diversión era sentarme en el umbral de mi casa y observar a los caminantes, que generalmente eran los mismos: el anciano cura que viajaba a la ciudad vecina a dar misa, el viejito del carro cargado con perros y gatos, los obreros del ferrocarril, el kiosquero manco, las señoras que salían a hacer sus compras, y los policías que habían detenido borrachos en uno de los boliches de las cercanías, y los conducían hacia la comisaría,

Al terminar la tarde, el cuadro se repetía; algunos de esos personajes caminaban de regreso, esta vez en la otra dirección.

Los domingos, la banda de la biblioteca popular llegaba a la esquina de mi casa, tocaba alguna canción, y caminaba hasta la otra esquina, para deleitar a un público renovado. Muy pronto se perdió esa costumbre, y la olvidé hasta hoy.

La misma calle, en la dura realidad, se ve pequeña, como si el tiempo la hubiera comprimido, pero los ojos que guardo en el corazón, me la devuelven tal como era para mi mirada infantil, con toda su majestuosidad.

El río

¿Cómo debo considerarlo? ¿Uno, dos o tres ríos? Creo que era sólo uno, con alma de tres. Tres que eran diferentes. El que se encontraba al sur era el río del balneario, con varias formaciones naturales: la pileta, rectángulo perfecto, homogéneo en todo su largo, en su ancho y en profundidad, expuesto siempre a los rayos del sol; la franja para bañistas con amplias costas de fina arena, la parte ocupada por las bombas de extracción de agua para el suministro a la población, la zona para improvisados remeros, y más allá el imponente río grande, brazo anchísimo, profundo y con fuerte corriente. La gente lo observaba con respeto guardando la distancia, e incluso los buenos nadadores le temían. Ese complejo estaba rodeado de árboles imponentes, en la gran masa verde que donaba sombra y belleza.

Las aguas frescas y cristalinas, producto de los deshielos en la cordillera, recibían también a muchos afluentes que, traían rumores de leyendas y viejas historias, de llantos por pueblos reducidos, robados y exterminados y, por tierras arrebatadas en nombre de la civilización.

En los atardeceres, cuando el trajinar se aplacaba y las voces menguaban, comenzaba a escucharse la voz de las aguas sobre las ondas, y el suave contacto con las orillas.

El río que venía del Noroeste, rugiente en su carrera por llegar a las tierras bajas, había disminuido su caudal en un desvío y en un dique que derivaba aguas a un canal de riego, pero conservaba su aspecto imponente, su fuerza y su peligro. Las costas, alimentadas por los ricos elementos que arrastraba, lucían un arbolado natural, defensa contra inundaciones, donde el verde dominaba.

Esos dos colosos se unían en una imponente confluencia, formando “El río” que, con el alma de los otros dos y sus aguas, producía a la vista y a la imaginación, un efecto superlativo, comparable a las grandes maravillas de la creación.

El gran río se brindaba para todo: para la explotación de las islas, donde había cultivos y ganado, para la extracción de agua potable, para riego, y lugares de esparcimiento. En otros tiempos fue navegable, y se conocieron expediciones realizadas a lo largo de su cauce.

El progreso produjo cambios. La construcción de diques y represas en sus afluentes lo convirtió en un pequeño hilo de agua, donde aún se encuentran clubes y balnearios.

Pero, en mis recuerdos, veo sus enormes brazos corriendo hacia el mar, las islas con frutos y las orillas arboladas, mientras mi corazón se ensancha, escuchando el rumor de las aguas golpeando las orillas en un incesante ir y volver.

Los repartidores

Los carritos que visitaban las casas se sucedían uno tras otro. Cada mañana, en una hora suficiente razonable como para encontrar a la gente levantada, el lechero bajaba de su

carrito, trayendo un recipiente de aluminio, y llenaba la ollita enlozada. Nosotros corríamos y volvíamos con sendas tazas, para recibir la aún tibia y espumosa leche.

Luego, llegaba el viejo repartidor de pan, brindando servicio a domicilio a sus clientes, sólo por el placer de ayudar, pues la panadería no tenía competencia que le impusiera esa obligación.

Otro carrito venía conducido por la anciana, que traía verduras recién cortadas, y su diálogo cordial para cada vecina. Dentro de alguna jaula, venía la gallina encargada para la comida del domingo.

A media mañana, con su paso cansino, el enorme caballo de grandes cascos, remolcaba el carro con forma de diligencia del vendedor de soda y hielo, que también traía leña para la parrilla o la estufa.

Y a veces, como si lo pidieran los niños, pasaba caminando el anciano afilador de cuchillos, tocando alegres melodías en su pequeña flauta pan.

En los días serenos, aún escucho en mis recuerdos los pregones, anunciando la llegada de las carretas de ensueños.

La vereda del frente

Generalmente, se llama fachada al frente de un edificio; esa vereda era la fachada, el frente del pueblo. Los niños la llamaban "La vereda denfrente". Era parte de sus tiernas existencias, como la leche de la mañana o el comerse las uñas. Cuando caminaban sobre ella, se sentían seguros; podían jugar a cualquier hora del día, aún sin la vigilancia de sus padres. La amaban, por ser la compañera de sus mejores momentos.

Es cierto que tenía cualidades geográficas: ubicada en la primera y principal calle del pueblo, recostada sobre la parte sur, donde no había construcciones, excepto una franja de unos doscientos metros; a lo largo de ella se agrupaban casas pertenecientes a empleados del ferrocarril. Bordeándola y acompañándola en sus nueve cuadras, corría una angosta acequia que llevaba un pequeño hilo de agua. A veces, en la estación de los espárragos, las orillas tomaban el color de los brotes tiernos, que raramente alcanzaban a crecer lo suficiente, a causa de la cosecha temprana practicada por los niños.

Sus lados recibían de tanto en tanto la sombra de algún viejo sauce llorón, cuyas ramas solían llegar hasta el suelo. Una entrada la comunicaba con la estación de trenes y, a continuación, se erigía prepotente un molinete que, permitía la circulación de los caminantes; las bicicletas, pasaban sin ciclistas por debajo de un pequeño vallado.

Yo la consideré "la vereda denfrente", por la razón de tenerla frente a mi alma. Era mi puerto seguro, la compañera de mis juegos infantiles, el mojón que separaba el mundo de los grandes, del mundo de los niños. Caminando sobre ella pasó muchas veces el padre Brentana, pasearon madres con sus hijos, tejiendo y destejiendo lanas de viejas prendas, a la vez que, los pequeños, con su tierna imaginación, tejían cuentos y aventuras.

Las vueltas en bicicleta eran casi obligación, tanto como las carreras a pie; las caminatas con descansos frente a las esquinas, permitían observar las calles perpendiculares, y participar en lo que acontecía varias cuadras más allá.

El tiempo, con su dinámica, convirtió a los chicos en padres que continuaron practicando la misma costumbre pero, también, llevó los paseos a lugares que la moda exigía. De todos modos, creo que cada uno tiene en sus recuerdos una vereda como la mía.

Nunca olvidé a mi "vereda denfrente" y, al hablar de ella, me disculpo si se me escapa alguna lágrima de nostalgia.

La plaza

No sé si con buena intención o por un descuido, olvidaron poner en la plaza del pueblo carteles para prohibir que pisen el césped. Mi razonamiento de niño lo aceptó como algo positivo, es decir, si los pequeños y los más grandes podían disfrutar del verde acolchado. Por lo menos, en eso, el municipio mostraba su parte humana.

La linda plaza estaba ubicada en el centro geográfico y también geométrico del pueblo, y no era para menos, en un ejido planeado en forma simétrica. Ocupaba una manzana completa y, en sus formas, se podía ver dos diagonales, cuyos vértices constituían las cuatro entradas principales al polígono, y cuatro semirrectas angostas, que comenzaban en las mitades de las cuadras y se encontraban en el centro. En el punto de contacto de las diagonales estaba el imponente mástil; en el resto de la plaza, los canteros cuidados cuidadosamente, observaban estrictamente la simetría. Ver una parte, era como ver la plaza completa, con sus prolijos rosadales y arboledas.

Un funcionario ordenó construir una fuente con bebederos, en uno de los caminos laterales. Las salidas de agua tenían la forma de cabeza de león; en cada boca había un vertedero, que se accionaba apretando un botón. La construcción de una sola fuente, fue sin intención de confundir al placer. Posiblemente, descubrió que no había otra fuente en la parte opuesta, un poco tarde; los olvidados bebederos se resecaron, quedando en tal situación que no pudieron usarse más. Otro funcionario, más práctico que el anterior, destinó la fuente y el tanque, para guardar las herramientas de trabajo.

A través de los años, los sucesivos placeros tuvieron la obligación de vestir el uniforme que, al parecer, siempre fue el mismo: pantalón y camisa normales, y una gorra como la de los guardas de tren. Mis amigos, siempre imaginaban el esfuerzo del hombre, al sacarse la gorra al final del día de labor.

En la plaza se celebraban todas las fiestas patrias, en que los niños se congelaban en pleno invierno. También participaban los scouts y la fuerza policial. Alguien contó como cierto que, en ocasión de un desfile, el oficial de policía encargado de la tropa, no seguro del sentido de orientación de sus hombres, dio la siguiente orden: PARA EL LADO DE LA PLAZA, MARCH.

En los días cálidos, era común ver personas durmiendo la siesta sobre el blando césped; disfrutaban el descanso acariciados por la suave brisa, y el murmullo producido por los pájaros y sonidos lejanos. Pero, ese momento idílico a veces era frustrado por el placer en un imprevisto riego, por medio de un sofisticado y disimulado sistema de canaletas.

Los domingos por la tarde se realizaba la tradicional "vuelta del perro", con la participación de la población joven, donde se renovaban contactos y se escuchaban los últimos chismes pueblerinos. Esa actividad nunca se postergaba, salvo por causa de algún temporal imprevisto.

Magníficos eran los atardeceres. Miles de pájaros llegaban para ubicarse sobre los árboles, peleando entre ellos por sus lugares fijos de descanso. Los trinos de diferentes aves se mezclaban en una ornitológica sinfonía, que no oí en ninguna grabación; esos sonidos regresan siempre, para regocijo de mis oídos y sentidos.

El cuento

Dicen que comencé a hablar temprano. Recuerdo que a la edad de tres o cuatro años sabía de memoria hasta la tabla del cuatro; también contaba cuentos. Cuando aprendí la tabla del cinco, me convencí de que todas eran inútiles, si no tenían un uso práctico. Entonces, las olvidé.

Dos señoritas maestras que llegaron a mi casa, comenzaron a conversar conmigo. Mi mamá me propuso que contara un cuento, y el selecto auditorio se sentó en silencio a escuchar. Comencé a contar. Según mi frágil memoria, sería algo así:

“Había una vez un oso. La mamá decía a sus hijos – chicos, tengan cuidado, porque en cualquier momento puede venir el oso.

Y un día vino el oso. La mamá escondió a los chicos: A Raúl en el baúl, a Gastón detrás del sillón, a Susana, debajo de la cama. El oso los olió, respiró muy fuerte y los tragó. Después se puso a dormir la siesta.

La mamá llamó a un cazador; el cazador sacó un cuchillo, le abrió al oso la panza y sacó a los chicos.

Después, la mamá los bañó, los vistió, los sentó sobre una tabla, les dio un empujón y: “¡A la escuela!

Y colorín colorado, el culo se ha terminado”.

Las maestras quedaron asombradas por el florido vocabulario, inusual en esa época; también mi madre. Recibí un chirlo, y me mandaron a dormir.

Bernabé

Cuando tenía tres o cuatro años, vivíamos en la calle principal del pueblo. Ésta limitaba con las vías del ferrocarril, separada de ellas por un alambrado. En la parte edificada se encontraban todos los negocios importantes: los grandes almacenes, las tiendas de ropa, el bar americano, la estación de servicio y venta de coches, el hotel, la gomería de Mon y, las tres cantinas, que eran el regocijo de la ronda policial.

La gente paseaba por la vereda en las tardecitas, mientras los niños jugaban sin peligro. En las mañanas sólo se veía a las personas que iban a trabajar o, las que se dirigían al final de la calle, donde pasaba el colectivo para Neuquén.

En el atalaya formado por el escalón de entrada a mi casa, vi muchos sucesos importantes, como el incendio del aserradero de don Alejandro Armas, simpático anciano con anteojos y grandes bigotes. Me llamó la atención cómo los bomberos daban golpes al fuego para apagarlo, con algo parecido a escobas.

Dos veces por semana, veía pasar frente a mi casa al Padre José María, el anciano cura, ya completamente sordo. Yo le gritaba con todas mis fuerzas: ¡ADIOS PADRE! Y no cesaba hasta que él me veía y contestaba - ¡Adiós hijo! - y me bendecía desde la vereda de

enfrente con una amplia sonrisa. Luego, tomaba su colectivo, hacia la ciudad vecina del otro lado del río.

Un poco más tarde, casi cada día, pasaba Bernabé con su carrito. Era un viejecito miserable, tan viejo que no se sabía su edad. Su carro estaba constituido por un armazón destrozado, dos ruedas apenas unidas al eje y una plataforma, todo formado por trozos de maderas de muchas formas, acomodados uno sobre otro. Sobre todo eso estaba sentado Bernabé y una colección de perros sucios.

Volvió, según se decía, de recolectar nuevos perros y gatos. También se decía, que Bernabé se alimentaba con la carne de esos animales. En voz más baja, se decía que tenía parentesco con una familia respetable del pueblo, conocida por su relación positiva y piadosa con el prójimo.

Cuando crecí y comencé a analizar las situaciones, encontré algo que no encajaba: si eran parientes ¿Por qué no lo ayudaban a tener una vida mejor? Quizás Bernabé no permitía que lo ayudaran.

Los perros y gatos son animales domésticos, y merecen un buen trato. Nunca se confirmó si en realidad los comía. No obstante, los comentarios continuaron.

Ningún relato o poesía tienen valor si no hay misterio. Para que mi relato tenga valor, nos conformaremos con lo que sabemos, manteniendo el misterio.

Neuquén ida y vuelta

Quien no conoce el valle del Río Negro y Neuquén, debe saber que cerca del río Neuquén se encontraban dos localidades: Cipolletti, a dos o tres kilómetros; a unos cuatro kilómetros y medio de la margen oeste, la ciudad de Neuquén, capital de la gobernación, sede del gobierno y de todas las oficinas públicas. Muy bien trazada, con dos diagonales; una se desplazaba al noreste y la otra al noroeste.

Había un inconveniente que, creo que se solucionó medio siglo después, con la edificación masiva en la zona de las bardas, que son pequeñas elevaciones de rocas sedimentarias y arena marrón rojiza. Los fuertes y permanentes vientos traían arena, y prácticamente cubrían parte de la ciudad, exactamente frente a la Municipalidad, donde comienza la diagonal occidental.

La ciudad tenía una pendiente natural hacia el sur, donde el paisaje cambiaba. Se veían tierras negras y chacras que llegaban hasta el Río Limay, alejado de la zona construida, sólo un par de kilómetros.

La población estaba compuesta en su mayoría por empleados de la administración. La actividad social era intensa: conciertos de la banda de la policía en las distintas plazoletas, paseos a pié por la arbolada avenida Argentina, bares y confiterías colmados, y ágapes hasta medianoche.

En la margen oriental del Río Neuquén, la topografía era completamente diferente; superficie plana, tierra negra y firme. Raramente había vientos fuertes, y el clima era agradable. El río se cruzaba sobre una balsa que llevaba vehículos y transeúntes.

Mi cuento se desarrolla poco tiempo después de que se construyó el primer puente carretero. Cipolletti estaba en la parte oriental a dos kilómetros del puente, con población heterogénea:

inmigrantes de diferentes orígenes, comerciantes, agricultores, algunos profesionales y gente trabajadora.

Las diversiones eran muy simples: para los hombres una partida de truco o mus después de las horas de trabajo, y para las damas reuniones en alguna casa del vecindario, donde se discutían, principalmente, temas de actualidad local.

Las diversiones para los niños eran el partido de fútbol de los domingos en la “cancha” del club o, una película, si no era prohibida para menores. Por las tardes, en los días hábiles, jugaban a la pelota o a la payana. Las niñas se entretenían jugando a la rayuela, o tirando el tejo.

En mi casa se encontraba mi prima dilecta Clotilde, bastante mayor que yo, con mis cuatro añitos y ella con siete. Con su amiga inseparable Elvira, pasaba horas en agradable plática y cuidado de muñecas.

Un lindo domingo de primavera después del almuerzo, mis padres decidieron visitar a algunos familiares. Antes de eso, y sin que yo escuchara, pidió Clotilde permiso para ir a jugar a lo de Elvira, con mi hermano y mi primo. Era una niña juiciosa y se podía confiar en ella.

Sin decírmelo se fueron, y mis padres me llevaron a visitar parientes. La tarde transcurrió agradablemente. Tomado de la mano de mamá me porté bien, y ella lo reconoció públicamente.

Cerca del atardecer volvieron los niños de la casa de Elvira, un poco cansados pero contentos. Contestaron a las preguntas de rutina y, mi primo, veterano de tres años y medio dijo: “¡Qué lindo es el parque de juegos de Neuquén, y qué alto que llegan las hamacas!”

Mi mamá preguntó cómo viajaron, y Clotilde contó que todo el camino lo hicieron a pie y, desde el puente, sobre el río, tiraron piedras hacia abajo. Mamá casi se desmayó. Cuatro niños pequeños en una ruta precaria, en pleno sol, sin agua para beber y, para colmo, el peligro del río. Era demasiado para ella.

Pero el ofendido fui yo, que no recibí invitación, siendo compañero de travesuras de la pandilla. Hoy, después de muchos años, no logro perdonarlas, y repudio ese acto, divulgándolo y dejando que el público las juzgue.

La pajarera

En la manzana de mi casa, al frente de un viejo edificio, había un espacio amplio con algunas plantas y una gran pajarera coloreada en su interior por aves regionales, que emitían gorjeos a la vecindad. En el amplio patio, al fondo de la casa se encontraban algunos animales: una cabra comía hierbas emitiendo balidos de vez en cuando, y un perro indolente estaba recostado al sol, descansando de su última vigilia ladrando a la luna. Apoyado en uno de los paredones había un gallinero; dentro de él crecían algunos tamariscos de buena altura, ordenados de tal manera, que habían formado un techo natural. En una parte escarbaban algunas gallinas, y en la otra, unas nutrias se revolcaban en la pequeña acequia.

Yo solía visitar a la dueña de casa, que me recibía como invitado especial, y luego de agasajarme con alguna galletita, me invitaba a pasar al patio. El perro al verme, interrumpía su eterna siesta y comenzaba a retozar conmigo; cuando se cansaba, abandonaba el juego, e iba a desenterrar algún hueso que había escondido para roer con tranquilidad.

Luego me acercaba al alambrado a observar las nutrias que me miraban amenazantes, mostrando sus afilados dientes y, un poco asustado, volvía a la jaula, para observar a los pájaros.

Todo eso era un ritual casi diario, que se interrumpió cuando nos mudamos a otro barrio.

Los niños de la casa eran dos: Américo, el varón, era corpulento para su edad, travieso, y se divertía pateándome para ver si me hacía llorar. Para no darle el gusto, me contenía, soportando el dolor. Amalia, era una niña dulce; conversaba conmigo, me contaba cuentos, y a veces me acompañaba a la jaula grande para contemplar juntos a los pajaritos.

Una mañana fui a visitar a la señora, y al llegar, vi la jaula vacía. No pregunté y ella no hizo ningún comentario; sólo más tarde, me enteré que se decía que yo la había abierto.

Nos mudamos a otro barrio, y desde entonces, pocas veces pasé frente a la casa. La pajarera ya no estaba; tampoco los animales fueron renovados; el lindo patio se convirtió en un erial.

No sentí pena; ya no recordaba al jardín, enquistado en algún lugar de mis recuerdos. Algo de mi infancia había muerto.

Primer grado

El primero de marzo del treinta y nueve me metieron dentro de un guardapolvo blanco, bien peinadito, me llevaron a la escuela y me dejaron con la maestra de turno. Así comenzó una de las aventuras más interesantes de mi vida. Nos hicieron formar dentro del patio cubierto, y la plana mayor nos dio la bienvenida, sonriendo hacia los cuatro costados. Después de las breves palabras de apertura, mi maestra tomó de la mano al primer niño de la fila, y nos condujo a la clase.

Todos los cuartos, excepto uno pequeñito e íntimo, eran enormes, con piso de madera. Aún suenan en mis oídos los tacones de la señorita Amelia que, en el grado vecino, marcaba los acentos, en la clase de lectura con sus alumnos de Primero Superior. Escuchábamos con claridad su voz y el taconeo que resonaba en el corredor.

La sonrisa y el cabello renegrido de la señorita Romilde nos acogieron. Los varones nos enamoramos de ella mas, lentamente entendimos que ese era un amor imposible, al que renunciábamos; le demostramos nuestro cariño portándonos bien.

El recuerdo que tengo de nuestra maestra es verla parada. Todo el tiempo explicaba frente a la clase, o pasaba por los pupitres observando nuestro trabajo. Era incansable, y con la sonrisa del comienzo del día, nos despedía hasta el día siguiente.

Mis primas y tías me habían preparado para ser alumno sobresaliente, enseñándome las tablas de multiplicación, que yo recitaba como loro. Pero eso no ayudó. Tuve que guardar mi sabiduría hasta la clase de la señorita Cano, años después. Fue un año aburrido, donde la paciente y engafada maestra aguantó todas nuestras diabluras. También aprendimos a quererla.

Los recreos eran interesantes. En un amplio área se jugaba un partido de fútbol interminable, que comenzaba antes de la primer hora, y continuaba después que los niños regresaban a casa; jugaban los pocos que se infiltraban por el portón lateral de la escuela hasta que los padres venían a buscarlos. Al otro día, continuaban "arrastrando" los resultados del día anterior, hasta que decidían finalizar el juego y comenzar uno nuevo. Demás está decir que la participación era casi imposible, debido a las exigencias de los cabecillas de la "mafia" futbolística. Nunca fui favorecido, y me resigné a mirar el juego,

que no siempre tenía un transcurso normal. Las peleas a golpes eran frecuentes, y muchos alumnos terminaban el día frente a la directora de la escuela.

Había otra institución: la de los chicos prepotentes, que por cualquier cosa golpeaban a los más débiles. La única defensa que existía era amenazarlos con decirle a Palacios, que era el alumno más alto y fuerte de la escuela. De ese grupo de chicos salieron dos grandes valores: los Navarrito, que años después hicieron fama en el pueblo, en el ramo de la delincuencia.

No quedaba mucho para elegir, incluido bolitas, payana o repasar lecciones. Me encontré ocupado en el último juego, que al final de cuentas me favoreció. Último recurso era jugar al tejo con las niñas, pero eso significaba suicidio machista. Pero aún estaba el portero Súbite, que nos entretenía con sus cuentos y chistes.

Una vez por semana recibíamos a la maestra de manualidades, que nos enseñaba a calar madera terciada o a construir títeres. Las niñas tenían variadas especialidades, como tejido, bordado, confección de ropa para muñecos, y también podían participar en las labores de los varones.

Yo apreciaba la clase de música. Cantábamos canciones patrióticas y nos lucíamos con "El Pañuelito" de Juan de Dios Filiberto, acompañados por la elegante maestra de canto. Participé con mi linda voz en muchas fiestas, hasta que la pubertad se la llevó.

Recuerdo a pocos alumnos de mi clase; los casi cuarenta alumnos restantes no tienen rostro, y reaparecen en otra edad. No descubro ninguna causa por qué los olvidé, pues estuvimos juntos en armonía durante varios años.

Si existieran tres polos, mis compañeritas serían tres polos opuestos. Hoy que tengo conocimientos sobre energía entiendo por qué niñas tan diferentes se llevaban bien. Polos opuestos se atraen.

Evelita, gordita, pícara y movediza tenía pólvora en el cuerpo, y disfrutaba haciendo bromas. Su mamá era maestra en otra clase; cuando la veía cerca se convertía en una niña seria y aplicada.

Nené, inteligente y activa era linda y buena. Cuando creció un poco la mandaron a estudiar piano. Aprendió a tocar El Pequeño Carnaval, y con eso se recibió de pianista. Ese valsecito fue su "leitmotiv", y con él se presentó en todos los sucesos de su vida infantil. En cierta época quisieron formar un dúo musical conmigo, pero esa pareja no prosperó.

Eulalia era delgada, alta, suave y con una sonrisa que decía: - Soy tu amiga. - Le gustaba conversar con todos los niños; en su compañía me sentía feliz. Ya desde su tierna edad prefirieron llamarla Cotita. Los nombres del santoral son sólo nombres, y por eso nunca utilizaron el suyo. Era sumamente estudiosa y, al final del año, ambos compartimos el premio al mejor alumno.

De mí decían que era distraído e introspectivo; nada de eso: era un soñador. Juntos descubrimos un planeta con cuatro polos, donde el cuarto supo adaptarse a los otros tres.

Cuando se vive en el mundo de la energía se puede sentir a cada persona aún sin verla; hay interacción energética entre las personas. Cuando aprendí esto, comprendí por qué al encontrarme cerca de la señorita Romilde o de mis tres compañeras, sentía el bienestar de la energía acariciante y confortante.

No formábamos un triángulo perfecto, pero sí un buen cuadrado. Evelita "torbellino", la linda Nené que sabía tocar El pequeño carnaval, Cotita "mi amiga", y yo.

Bellos años. En ese primer grado donde todo era inocencia, puse en mis recuerdos a mi dulce maestra y a Súbite el viejo portero.

El niño herido

Era hijo de una familia humilde que vivía en una casa de inquilinato, en la parte céntrica del pueblo; solía jugar dentro del amplio patio de acceso a su casa. Lo veía muchas veces volver de la escuela, caminando callado y compuesto, sin entretenerse; siempre al llegar lo recibía su madre. Una tarde no llegó a tiempo.

¿Se puede saber en qué piensa un niño? Quizás en su madre, en un amigo, en su perro...

Caminaba muy pensativo, y cuando comenzó a cruzar la calle, un vehículo lo arrolló. Sufrió heridas y fracturas muy graves que hacían peligrar su vida; el conductor del coche lo llevó a un hospital, mientras avisaban a sus padres. Desde ese momento, el niño comenzó su lucha personal por conservar la vida, recuperarse, volver a caminar, y crecer como todos los niños.

Durante casi un año no lo vimos ni supimos de él. Meses y estaciones pasaron; mientras, quizás, él miraba el triste patio desde la ventana. Supongo que esos meses fueron los más largos de su vida, esperando el momento para salir y caminar.

Los inviernos eran fríos y crueles y el obligado encierro deprimía. Así vivió, hasta que llegó la primavera. Un día, como estaba escrito en todos los buenos deseos, se sintió completamente recuperado y, como el niño de la historia de Llewellyn, salió a pasear en el patio soleado.

Los Huesos

Mi madre solía preparar un plato muy especial para mi gusto: Se trataba de la gelatina obtenida por el cocinado del cartílago de los huesos de las patas de la vaca. Al caldo que salía de ese hervor, antes de que se endureciera, le agregaba sal, pimienta, perejil y ajo picado. Pero lo más sabroso para nosotros los niños, era el jugo que quedaba dentro de la porosidad de los huesos aún tibios, que succionábamos con placer. Después de paladear ese manjar, quedábamos con la cara tirante como cabello engominado.

Mi mamá se distrajo y, esa vez, se olvidó de guardar los huesos. Al mediodía, regresamos de la escuela y, al entrar, percibimos el singular aroma; reclamamos, pero descubrimos la triste realidad. Caminamos hasta el tacho de la basura, y al verlos ya sucios, lloramos abrazados nuestro drama personal.

Cuando crecimos, al cambiar sus hábitos en la cocina, mi madre nos quitó un especial placer, pero eso sí, evitó que nos peleáramos por un hueso.

Navarrito

La Escuela Nacional número treinta y tres era un lugar idílico; funcionaba en el edificio grande frente a la iglesia, compartido con otra escuela. Después de muchos años, un conflicto del que de sus pormenores no quiero enterarme, provocó su desalojo, y que pasara a uno de los barrios de la ciudad.

Siempre disfruté de las horas de estudios, pero en los recreos, por ser el más pequeño de los niños de la clase, no tuve ocasión de compartir los juegos. Una solución era conversar con el portero Súbite, que contaba cuentos de su Chile natal; otra era leer algo sentado en algún lugar, o caminar. Así lo hice un día: caminé por el amplio patio, a la vez que pateaba alguna piedra.

Patear piedras tiene sus ventajas, en especial cuando se camina con los padres, y no hay posibilidad de intervenir en la conversación. En esas ocasiones, es cuestión de adelantarse, concentrarse y meditar, o realizar ejercicios futbolísticos pateando piedras, ora adelante, ora al costado, cuidando de no hacerlo hacia atrás.

Durante mi distraído paseo por el patio de la escuela, pateé con fuerza, hacia delante, una piedra de regular tamaño, sin observar que había un niño delante de mí. El destino me tenía preparado una sorpresa: el que estaba adelante era Navarrito, que ya se destacaba en la prepotencia y la violencia. La piedra, salida con gran puntería en forma orbital, e influenciada por la fuerza de gravedad, en singular desplazamiento llegó a su cabeza.

La reacción de un chico normal hubiera sido de enojo ante la agresión sin causa, pero Navarrito, sin odio ni enojo, me miró, se acercó, y sacó una trompada en forma cruzada que me tumbó.

Siguió caminando tranquilamente.

Fiesta Patria

En mi pueblo, como en todos los pueblos del Valle, había un gran esclarecimiento cívico. En las escuelas se estudiaban las fechas patrias y se celebraban. Se daba clases sobre los símbolos nacionales y se inculcaba en los alumnos el amor a la Patria.

Con el auspicio de la Comisión de festejos, se festejaban todas las fiestas con bombos y platillos en la plaza del pueblo. Había un acto cívico, discursos interminables y luego el desfile de los niños de las escuelas, la fuerza policial y la compañía de boy scouts. Al final repartían chocolatinas a todo el piberío. A veces servían chocolate, de manera que la fiesta estaba completa.

Todas las fiestas patrias caían en el período lectivo. Era la época fría. En el verano se disfrutaba de las vacaciones.

Cada celebración comenzaba antes del amanecer; algunos scouts provistos de clarines y tambores, salían a las 4 de la mañana bajo una tremenda helada, a tocar diana bajo la ventana de las celebridades del pueblo. Después de la bien desafinada clarinada, el dueño de casa, por lo general seguía durmiendo, y la banda seguía caminando hasta la casa del próximo patricio. Si por casualidad quien recibió la serenata quería levantarse, abría la ventana, gritaba un VIVA LA PATRIA y seguía durmiendo.

Ese año, el Bebe Tassat acompañó a los musiqueros, junto con otros scouts. Fue una actuación floja; no recibieron agradecimientos, tampoco chocolate caliente ni tortas fritas.

Hambrientos, muertos de frío, un poco descorazonados pero orgullosos, se dispersaron para sus casas, después de las seis de la mañana.

A las ocho ya había formación y ensayo. Los scouts hacían guardia al lado del mástil de la bandera, la municipalidad, y entradas a la plaza. Un rato después, se formaba alrededor del palco oficial, se izaba la bandera, se cantaba el Himno Nacional y el público se preparaba para aguantar a los discursantes. El orador ya tenía preparado el largo discurso del año pasado más los agregados del año actual. Iba a ser una clase magistral.

Con gran intención didáctica, el buen hombre repasaba toda la historia de esa fecha patria mientras los bostezos iban y volvían. El Bebe, cansado por no haber dormido, por no haber comido, por el frío que sufrió, y por aguantar el magistral lucimiento, comenzó a sentir vahídos y, en la parte más emocionante, empezó a desmayarse lentamente, hasta que quedó tendido.

Un niño que estaba a su lado comenzó a decir: “¡se desmayó el turco!”. Las personas mayores que estaban cerca vinieron inmediatamente, entre ellos un señor polaco, qué digo, peor que eso: un galitziano conocido por sus malas pulgas, discutiendo y excéntrico. Comenzó a gritar: “¡Agua, Agua!”, pero no les dio tiempo a los aguateros; abrió la boca y envió una fuerte escupida a la garganta del Bebe. Yo creo que eso le salvó la vida. El Bebe saltó como un resorte y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. No digirió la ofensa. - El galitziano - pensó el Bebe - no lo hizo para ayudarme, sino porque soy turco.

El Bebe, debe ser hoy un viejo abuelo, pero yo creo que nunca perdonó al salvador, y se arrepiente de no haberlo escupido en respuesta.

La cabalgata

A casi todos los niños les gusta montar a caballo. ¿Por qué no podía ser yo uno de ellos? En mis años de pubertad solía viajar a la chacra de unos amigos; allí tenía a mi disposición un caballito criollo tordillo, manso, aunque galopador por instinto y propia decisión. Apenas ponían sobre él un cojinillo comenzaba a moverse impaciente, y cuando lo montaban salía al galope sin esperar órdenes. Sentado sobre él aprendí a emular un poco a los gauchos y puedo reconocer que esos paseos fueron los mejores de mi niñez.

Un vecino del pueblo tenía un caballo y, conociendo mi afición, me lo ofreció para dar una vuelta. Debía viajar a un lugar donde se encontraba pastando. Para mí eso no era un problema; salí de mi casa y me dirigí hacia el campito siguiendo las vías del ferrocarril, un poco corriendo, un poco caminando. Creo que demoré una larga hora.

Al llegar, comuniqué al encargado el recado del dueño; con amabilidad me invitó a esperar, pues en ese momento comenzaba a achurar una vaca.

En un aparejo en forma de arco de fútbol, recién carneada, estaba colgada la vaca. El hombre sacó un respetable facón y comenzó la faena; primero le quitó el cuero que tendió al sol, dividió la res en dos mitades, y siguió trabajando con prolijidad. Sacó todas las vísceras, separó distintas partes y las colgó en ganchos que pendían del aparejo. Al finalizar envió a un chico para que llamara al camión que transportaría la carne, y caminé conmigo para entregarme el equino.

En un potrero se encontraba el animal, también tordillo, manso por demás; se dejó montar y con gran pereza comenzó a caminar. La buena vida lo había hecho engordar de tal manera que tuve que abrir demasiado las piernas. Al andar, sus ancas se movían rítmicamente de un costado al otro, molestándome enormemente; traté de hacerlo trotar,

mas no lo conseguí. En cierto momento torció el cuello y me miró como preguntando si podíamos volver a casa; le contesté con las riendas guiándolo hacia el potrero.

El camino de regreso lo hice corriendo y caminando, corriendo y caminando. Llegué cerca del atardecer, cansado y con sensación de frustración.

Días después me encontré con el señor; me preguntó con interés - ¿Cómo fue tu cabalgata?

- No sabría explicarlo. Creo que faltó algo de acción – contesté – pero en mi modesta opinión, el hombre es un buen achurador.

La gallina del domingo

En aquellos años la cocina diaria era sencilla y económica; el menú consistía en una sopa de verduras, un buen bife y ensalada. También dependía del tiempo disponible del ama de casa para cocinar. Pollo o gallina y pastas caseras se comía sólo los domingos o en alguna fiesta.

Una vecina preparó con anticipación la comida para ese domingo en que celebraban una fecha familiar; como no tenía suficiente lugar en la heladera, pidió guardar en la nuestra una gallina hervida.

Dentro de un plato, acompañada por unas ramitas de perejil, descansaba la gallina de la vecina, sin el amparo de algún cartel que previniera algún error, pidiendo: no me comas.

Mucho después de medianoche llegó mi hermano, que volvía de un baile, con un hambre tremendo. Exploró la heladera y descubrió la gallina que le decía: comeme.

No se hizo rogar; con cuchillo y tenedor la atacó por todos los frentes, dejando en el plato sólo el esqueleto. La devolvió a su lugar, y sintiéndose con el estómago lleno, se fue a dormir.

Esa mañana del domingo, mientras todos dormían, mi madre se levantó a preparar la pasta casera y demás platos. Al abrir la heladera se encontró con la sorpresa; el esqueleto de la gallina parecía un tanque de guerra desmantelado.

Ahí comenzó la carrera contra el tiempo. Mi padre comenzó a recorrer las rotiserías, hasta que encontró una gallina gorda. Mi mamá la hirvió y la puso a enfriar dentro del plato.

Excepto nosotros, nadie se enteró del percance y, la vecina, contenta, se llevó el plato a su casa. Pero hubo otro participante en ese suceso: el perro de otros vecinos que con gusto se comió los huesos.

La mujer del coronel

En los primeros años del siglo veinte, establecido el orden en la región, las tropas de la conquista del desierto regresaron; gran parte de los soldados, montados orgullosos sobre sus fletes, se peinaban con las manos los grandes bigotes y acomodaban los birretes. Más atrás, rezagados, venían los carros tirados por burros y mulas que traían a los heridos y disminuidos físicamente. Cicatrices se observaban en los rostros tostados, señales que dejaron las lanzas y facones de los infieles.

En algunos puntos los indios enfrentaron al invasor, pero en la fase final escaparon sin presentar batalla, refugiándose en el sur. Así fue que las tropas del coronel Fernández Oro ocuparon la confluencia entre los ríos Neuquén y Limay, sin necesidad de grandes operativos militares. Con el retiro de las fuerzas, solamente se conservaron los puestos de avanzada.

A un costado, sobre los hermosos y cuidados caballos cabalgaba la oficialidad; las barbas arregladas, las hebillas y botones de metal relucientes. Saludaban con orgullo al pasar por los pequeños pueblos.

Largos meses tomó el regreso; los soldados se liberaron del servicio, recibieron su paga y un pequeño obsequio. Frente a ellos se presentó la aventura más difícil, la supervivencia. Los que recibieron un trabajo pudieron mantener a sus familias, y otros se agregaron a la fila de desocupados. Sin ayuda del gobierno, los inválidos debieron ser mantenidos por sus mujeres.

Los oficiales portaban títulos de propiedad de tierras arrebatadas a los indios que el presidente de la Nación les obsequió por los patrióticos servicios prestados. La alta oficialidad, coroneles, generales, recibieron miles de hectáreas que destinaron para colonizar y fundar poblados. Una elite surgió: la de los nuevos terratenientes. Se continuaba la política colonial española, que había regalado a sus representantes, extensiones de tierras tomadas por la fuerza. Así se construyó el país, bajo la administración de una aristocracia militarista, con preferencias hacia las clases más altas de la sociedad.

La niña Lucinda, hija de una de las familias de la aristocracia porteña, estaba casada con el maduro coronel y, cuando éste salió con las tropas para someter a los salvajes, quedó en la capital esperándolo.

El coronel avanzó bordeando el río Negro, pasando por territorios conquistados anteriormente y, cerca del río Neuquén, se instaló en un fortín que controlaba los lugares adyacentes; dio a la Estación Limay el nombre de su esposa, donó algunas tierras, sobre ellas fundó el pueblo y volvió a la Capital, no sin antes intervenir activamente para la construcción de un canal de riego. Falleció en el año mil novecientos diez.

La señora Lucinda, viuda y rica, llegó al valle para tomar posesión de las tierras que le dejó su marido. Pronto demostró su elevada cultura y fuerte carácter; con gran visión ordenó el emplazamiento y desarrollo de Pichi Ruca, establecimiento frutícola que administró ocupando personal. Dentro de ese sitio hizo construir una mansión al estilo de las casonas de esa época.

No tuvo hijos con el coronel, ascendido a general después de su muerte; en compensación tuvo muchos sobrinos y sobrinas. Los trajo al valle y, en Pichi Ruca, la mayoría de ellos siguió con la parásita vida de la ciudad. La activa mujer vendió tierras urbanas y, sobre los lotes que aún conservaba, construyó el primer gran hotel del pueblo, el correo y algunas casas. Años más tarde, hizo construir nuevos edificios para alquilar; muchos vecinos arrendaron construcciones nuevas destinadas especialmente para ellos. La relación de la rica propietaria y los inquilinos fue siempre muy amistosa.

A su muerte, sus avejentados sobrinos heredaron los bienes. El lindo establecimiento se convirtió en una plantación mal cuidada, con árboles enfermos que traían peligro a las chacras vecinas. Afortunadamente, nuevas generaciones de la familia tomaron con mano firme el cuidado de las propiedades.

Doña Lucinda, nacida en una sociedad en que la mujer era un ornamento, supo dar a la joven ciudad, con sus acciones, el magistral toque de liberalismo y solidaridad.

La puerta del zaguán

Por las características de su construcción, en la entrada a mi casa había un ancho zaguán, y después una puerta que lo separaba de la parte habitada. La puerta era enorme, con un solo vidrio que agregaba un aspecto imponente. Mi mamá, con buen gusto, colgó de ella una cortina de tela casi transparente que aumentaba su belleza.

Esa puerta estaba siempre cerrada para evitar golpes imprevistos, pero un día sucedió lo que todos temían: alguien la dejó abierta; de pronto una fuerte ráfaga la arrojó a su destino. El tremendo golpe y el ruido de vidrios rotos me despertó; corrí hacia la puerta que se veía extraña, desnuda sin el señorial vidrio. Lloré como si hubiera perdido a un amigo.

Al otro día llegó un señor a repararla, pero en lugar de devolverle el vidrio entero, instaló cuatro o cinco pequeños. Cambió su noble apariencia y, a pesar de mi temprana edad, pude apreciar la diferencia entre lo práctico y lo bello.

Hoy esa puerta ya no existe y, aunque en la renovada casa viven personas felices, falta el natural encanto que conocí.

Zapatillas

Es agradable observar la calle desde una ventana, mientras se recibe el calor de la estufa, vestidos con ropas calientes y bien calzados. Así estaban en ese día de invierno mi madre y mi hermano. La radio tocaba música tranquila, dando un compacto fondo musical a la conversación que mantenían.

Al parecer, en un tácito acuerdo, los vecinos decidieron quedarse en casa, dejando el pueblo sin transeúntes durante las horas de la siesta. La helada había endurecido el barro formado por la lluvia del día anterior, y todo se veía como un vidrio de diversos colores.

Mirando hacia fuera, vieron caminar sobre la fina escarcha a un niño con escasas ropas y descalzo. Mi madre salió para llamarlo, pero él ya había cruzado y se encontraba en la calle lateral. Inmediatamente envió a mi hermano a buscarlo; éste volvió con el chiquillo que se acercó a la estufa para calentarse. Su cuerpo temblaba y los dientes no cesaban un fuerte castañeteo.

Cuando se tranquilizó y la respiración se volvió normal, le dieron a medir zapatillas. Encontró un par adecuado, lo calzó, agradeció emocionado y salió corriendo.

El niño nunca olvidó ese gesto. Transcurrieron varios años. Mi hermano solía cruzarse a veces con el joven que lo miraba tímidamente, agitaba un brazo y, con una sonrisa, le decía un suave "chau"...

El canal de Crespo

El canal principal de riego recibe aguas de la toma construida en el dique Ingeniero Ballester, y en su largo curso las distribuye en numerosos canales secundarios. La Dirección de Irrigación organizaba el servicio para todas las chacras, y la derivación a acequias era administrada por tomeros autorizados, que dependían de esa institución.

En Cipolletti, el Canal de Crespo, cuyas orillas estaban acompañadas por filas de álamos y sauces mimbre, corría de oeste a este en una zona cercana al río; a veces, por causa de la caída de algunos árboles, se observaban algunos claros. El canal era muy importante no sólo por su contribución al riego, sino también por la función social que cumplía, aunque ella se realizaba en forma clandestina.

Los mayores se sentaban los domingos por la mañana con caña y anzuelos, tratando de atrapar algún pez, sin mucha suerte, pues la pesca era escasa en esas aguas

Los niños y jóvenes del pueblo lo utilizaban como balneario particular, en las horas que el tomero se encontraba ausente. Habían elegido un claro en el lugar en que el pequeño canal se había ensanchado, para zambullirse y nadar. La natación era practicada sólo por buenos nadadores pues la fuerte corriente de las aguas era un factor de peligro.

Muy pocos bañistas vestían traje de baño; la mayoría saltaba a las aguas con los atavíos de un recién venido al mundo, cosa que producía problemas si al lugar llegaba alguna dama.

El tomero, hombre de pocas pulgas, era el responsable del orden y, a veces, aparecía en forma sorpresiva, provocando la huida de los desnudos nadadores que, tomaban a la carrera lo que podían, e iniciaban la escapada. La recolección no era siempre muy exitosa, lo que daba lugar a la búsqueda e identificación de los poseedores del ropaje, no siempre con buen éxito.

Esos pequeños incidentes no eran causa para interrumpir la concurrencia a ese centro de esparcimiento, pero con la creación de balnearios en las costas del río, se terminaron o disminuyeron esas vivencias, aunque quedaran muy fijas en los mejores recuerdos.

Puedo confesar que nunca me metí en el canal; no es pretexto para defenderme de acusaciones, sino porque siempre fui como un pez en el agua: si no me sacaban, no salía.

Pan Lulo

Aún no sabía hablar y ya pedía limosnas en las casas. Para que le dieran un pedazo de pan duro, le enseñaron dos palabras; él las pronunciaba con timidez: "pan lulo". Durante muchos años lo llamaron con ese mote.

Todo el día daba vueltas, descalzo y harapiento, soportando fríos y lluvias, sin llevar ayuda a su familia, pues comía cada mendrugo, tratando de remediar su permanente hambre. En esos momentos era feliz por haber recibido un presente y una sonrisa.

Siempre caminaba solo; quizás no tenía hermanos, o eran muy pequeños para mendigar. A veces se lo veía sentado contra una pared, con la bolsita casi vacía a su lado, calentándose en la vereda soleada, soñando despierto con una vida mejor.

Cuando creció un poco, comenzó a ofrecerse para algunos trabajitos apropiados a su edad, logrando llevar a su pobre hogar unas moneditas; de esa manera fue superándose, para salir de la miseria espantosa en que vivía.

Siendo mozo, se lo veía sobre algún camión trabajando como peón de carga y, a veces paseando por el pueblo, con sus ropas domingueras, alto, erguido, elegante, sonriendo y agradeciendo interiormente lo mucho que le dio la vida. Trabajando pudo mantenerse en la honradez, sobreponiéndose a la desigualdad y a la miseria.

Pan Lulo es ejemplo de entereza moral para los indigentes carentes de un pedazo de pan, de educación y de un lugar en la sociedad. Pan Lulo superó al desplazamiento social, a la estrechez y al hambre.

Con el transcurso de los años el cuadro se repite; la pobreza es un mal endémico difícil de desarraigar, y sólo queda la pregunta ¿Hasta cuando?

Don Serafín

A lo largo del alto valle se veía pasar a los ómnibus de las grandes compañías, que cubrían las líneas en un área que comenzaba en Chichinales hasta Zapala, desde Neuquén hasta Barda del Medio, el sector de Campo Grande, Centenario y las localidades intermedias. Eran terminales y puntos cardinales en la geografía del transporte valletano. También realizaban viajes a los puntos lejanos de las provincias. A todo eso se sumaban las pequeñas empresas locales con servicios urbanos y suburbanos.

Conciente de que estos servicios no lograban satisfacer las necesidades de los pasajeros en viajes cortos, don Serafín González, persona ya entrada en años pidió autorización para reforzar el transporte entre Cipolletti y Neuquén, y sus alrededores.

En la pequeña ciudad de Cipolletti no existía una línea interna y, los habitantes salían a hacer sus compras, en sus vehículos particulares. Los que no tenían coche lo hacían en bicicleta, o se resignaban a realizarlas a pié.

La empresa grande vendió al novel empresario un aparato que no quería arrancar en las heladas mañanas; éste requería la ayuda de Samuel, que vivía sobre la calle Belgrano a poco más de media cuadra de su casa, y después que se tomaban unos mates, lo remolcaba varias cuadras, tratando de poner en marcha al veterano ómnibus, que dejaba una negra estela de humo hasta que se le ocurría arrancar. Así empezaba su jornada de trabajo, llena de anécdotas y gauchadas.

A pesar de que Don Serafín debía cumplir horarios fijos, daba servicios por encima de sus obligaciones; agregó viajes en un circuito ininterrumpido, que favoreció a sus pasajeros y alivió en parte a las otras empresas, aunque hizo uso de algunas pequeñas trampas, como salir unos minutos antes que ellas para sacarles los viajeros. Es de destacar que estableció normas dignas de imitarse, como ayudar a las personas a subir, reservar asientos para damas y discapacitados, incluso esperar si alguien debía terminar alguna diligencia.

El ómnibus era también punto de actividades sociales; allí se encontraban amas de casa y hombres que viajaban al trabajo y, desarrollaban conversaciones colectivas, en que don Serafín era parte activa. Cuando llegaba a las terminales, preguntaba a cada uno a donde se dirigía y, sin agregar nada al precio del pasaje, los llevaba a sus destinos.

El vehículo envejeció junto con su dueño, hasta que un día ambos decidieron pasar al goce de una merecida jubilación.

La empresa de Don Serafín González fue una feliz experiencia, y hoy sólo queda como un buen recuerdo en la

historia de la pequeña y creciente ciudad de entonces.

La abuela

En los años treinta el pueblo era pequeño; el centro estaba agrupado en una sola calle, cuya edificación no era suficientemente compacta. Existían muchos terrenos baldíos cubiertos de yuyos, y también muchas veredas sin baldosas. Con la imposición de la Ordenanza de cercos y veredas, años después, solucionaron ese detalle de fealdad.

Las calles estaban cubiertas por pedregullo bien apisonado, y el paso de cada vehículo dejaba una nube de polvo. El auto regador era un servicio apreciado por los vecinos, porque les quitaba el polvo por unos minutos, y además refrescaba.

En invierno todo era diferente: las calles del centro se llenaban de lodo y a veces de charcos. Allí comenzaba el trabajo de la máquina, que arrastraba el barro acumulándolo en los baches y en los costados. Los niños solían caminar atrás de ella, pateando las piedras que levantaba. Después de esta operación venía la rueda aplanadora, que realizaba la terminación del trabajo

Un día lodoso y frío vi a una viejita caminando frente a nuestra casa. Iba pobremente vestida pero con ropas limpias; caminaba tiritando, lenta y dificultosamente. En su cara se veía la serenidad que dan los años y la aceptación de esa vida de privaciones.

Mi madre salió corriendo de la casa, la tomó de la mano y le dijo: “Venga abuela, hace mucho frío afuera”.

La hizo sentar a la mesa y la arropó con un chal. Enseguida le sirvió una buena comida caliente. La suave viejita comía lentamente, saboreando cada bocado; mi mamá la miraba con amor. Cuando la abuela terminó de comer, comenzó a conversar.

- ¿Sabe? Nací bastante lejos del principio del siglo, y como no sé leer pronto se me perdió la cuenta de los años. Tampoco me enteré de las cosas que suceden en otros lugares. Siempre ayudé a mis padres trabajando y trayendo un sueldito. Cuando me casé mi marido me trajo para estos pagos; fue muy bueno conmigo y con mis hijos. Nunca nos faltó nada, claro que todo era humilde. Trabajaba en las chacras y por eso la vida no fue difícil. Así crié a mis chicos; los mandé a la escuela y se convirtieron en buenos muchachos, trabajadores y respetuosos. Cuando mi marido no pudo trabajar más, se enfermó y prontito me dejó sola. Los hijos ya se habían ido cada cual por su lado. Yo ya estaba vieja, y no me quedó otro remedio que irme a vivir a la orilla del río y salir a pedir. No pido; la gente me ofrece. De vez en cuando lavo una ropita y me pagan mucho más de lo que vale. No lo quiero aceptar, pero me dicen que mi trabajo vale mucho más que el de otros. Yo no les creo, pero válgame Dios con ofenderlos.

Mi mamá estaba como petrificada escuchándola.

Luego le preguntó qué cosas recordaba de su niñez. La viejecita, con voz baja y en tono confidente comenzó a contar:

- Eso que trajeron la civilización al desierto no me trae buenos recuerdos, porque los generales mataban a todo inocente que se cruzaba. Pero no olvido el día en que el sol se peleó con el planeta Marte. Yo era todavía muy chica, pero me impresionó cómo se daban golpes, y la luz era tan rara que a veces se ponía oscuro y a veces claro. En toda mi vida vi muchas veces algo parecido, pero nunca fue tan lindo.

Entendimos que ella vio un eclipse de sol, matizado con varios colores del espectro; su inocencia le hizo ver cosas que traspasaban el límite de la realidad.

Media hora más tarde, la abuela salió coqueteando por la vereda, con su nuevo vestido de lana y su bastón.

Tío Samuel

Personaje interesante, con carácter especial, fue tío Samuel. Era primo hermano de mi madre, pero para mí, era "mi tío", así como mi tía Berta, su esposa. En mi niñez, cuando comencé a caminar por el pueblo sin compañía, solía visitarlos por lo menos una vez por semana.

Era tan sociable, que todos los días después de trabajar, hacía su recorrido. Entraba en cada casa, saludaba con su natural sonrisa y proseguía visitando.

Tenía una personalidad fuerte, ya sea para expresar cariño o para discutir; era espontáneo, y por esa causa tuvo muchos episodios en su vida, a veces tristes.

Recuerdo que se enojaba por una pequeña discusión y se amigaba sin planteos. Mi pequeña hermana estuvo muy enferma en una época en que Samuel y Berta estaban distanciados; se enteraron que la niña necesitaba leche de madre para reponerse y sin preguntar, aparecieron en mi casa ofreciéndose para ayudar. Fue una manera de expresar el cariño que siempre conservaron para la familia.

Después que nos fuimos, un día llegaron a visitarnos, causándonos mucha alegría. Cuando regresaron, corrieron a ver a mis padres, trayéndoles noticias nuestras. Mi madre nos escribió, contenta por recibir nuestros saludos y por confirmar una relación que nunca más se suspendió.

Uno de mis mejores recuerdos son mis visitas a su casa y, sin considerar qué tipo de relaciones tenían en ese momento con mis padres, llegaba a ver a mi tía, y si tenía la suerte de encontrarlo a él, recibía un abrazo que me ahogaba. Mantenía conversaciones conmigo sin tener en cuenta la diferencia de edad, siempre sonriente y amable.

Hoy, que tengo su edad, aún un poco más que la suya, quisiera tenerlo como amigo, apretarlo dándole unas fuertes palmadas en la espalda, gritándole - Hola, che Samuel. ¿Cómo estás?

Socorros mutuos

Siendo pequeño, me agradaba ver el prado español del pueblo adornado con guirnaldas y flores. Mi mente, como la de los demás niños, interpretaba que la Asociación Española de Socorros Mutuos había sido fundada para alegrar al vecindario, organizando fiestas y reuniones

bailables. En cierta medida era cierto pero, sólo era un medio, pues con las recaudaciones mantenían una obra social poco conocida aún en el país, salvo la que recibían los militares y los privilegiados empleados del Estado.

La institución tenía una propiedad muy importante en el centro frente a la plaza, que constaba de un cine-teatro y, al lado, un gran parque con una enorme pista, que servía para baile y también para patinaje. La pista era circundada por un patio, donde se ubicaban mesas y sillas del buffet, y quioscos de juegos en las quermeses, y aún había lugar para la infaltable vuelta del perro, que en forma natural tomaba un solo sentido. El clima extremo de la zona preparaba a veces una de sus sorpresas, con un imprevisto chaparrón de verano. Después de unos minutos, todo volvía a su situación anterior.

La prohibición de entrar sin la compañía de los padres, era estricta para todos los niños. Había una solución; nos parábamos en los caminitos de la plaza y desde allí veíamos la pista y el palco donde tocaba la orquesta. Lo más llamativo eran las Romerías Españolas donde actuaban gaiteros, cantantes de "cante jondo", músicos, y bailarines de jota con sus vistosos atavíos: las mujeres, con vestidos largos de colores fuertes y pesados zapatos, la cabeza adornada con grandes y hermosas peinetas; los hombres vestían trajes estrechos de color negro con bordados dorados, chaleco corto, pantalón ceñido, polainas y zapatos pequeños y livianos, muy cómodos para el suave zapateo

Pero no todo era español en el espectáculo. En una oportunidad actuó la cantante Azucena Maizani que, sin deliberado propósito, provocó desmayos en las veteranas admiradoras.

El paso de los años y el envejecimiento, los obligó a cambiar el sistema de trabajo. Desmantelaron el viejo Prado español, testigo de muchos carnavales y fiestas a beneficio, y construyeron una torre que alquilaron para oficinas, un gran hotel y negocios en la planta baja. Es de suponer que eso dio ganancias suficientes para mantener la institución, de la cual aún no hablamos detalladamente.

A veces, en la farmacia "de la vuelta" veía personas que compraban medicamentos a cuenta de la Asociación Española. Así se aclararon en parte mis dudas sobre Socorros Mutuos. La mutual cumplía sus funciones como tal, antes de que fuera un servicio habitual en la zona.

Años más tarde, la comisión directiva del Círculo Italiano, decidió que ellos también estaban capacitados para proveer a sus afiliados servicios mutuales, y comenzaron a emular a sus colegas españoles.

Otras colectividades prosiguieron con sus actividades, colaborando en las fiestas cívicas, diálogos para el mejoramiento social del vecindario, y mantenimiento de servicios religiosos. No se escucharon comentarios de que desarrollaron actividad mutualista.

Si alguien se siente exceptuado, pido disculpas por no tener la información actualizada. Ya es tarde para agregar y, tendrán que esperar el próximo relato.

Mal de ojo

Mi segundo hijo tenía menos de un año; era un bebé alegre y juguetón. Un día despertó con los párpados caídos y la mirada triste. Preocupados lo llevamos al pediatra, quien le hizo todos los exámenes que creyó necesario, pero no supo la razón de su estado. Quizás tenía parásitos y, para averiguarlo, nos dio una orden para un laboratorio, para que le hicieran unos análisis.

Antes de que fuéramos, mi madre nos contó que una tía que vivía a pocas cuadras sabía curar esos síntomas. Por primera vez escuché que tenía esas cualidades. Un poco incrédulos la fuimos a visitar con el bebé en brazos, sumido en una fuerte modorra.

Mi tía nos recibió sonriendo, jugó con el niño, pero él la ignoró; era extraño, pues estaba acostumbrado a ella. Le tocó la cabeza y, en voz baja, pronunció algunas palabras que no entendí. Aunque no dijo nada, me di cuenta que había comenzado un ritual de curación.

Sacó de la alacena un vaso, vertió agua fría hasta la mitad, tomó un huevo de la heladera, rompió la cáscara, y dejó caer dentro del vaso la yema y la clara. Lo que ocurrió me pareció cosa de magia: el huevo comenzó a cocinarse, como si estuviera en una olla con agua caliente, y al cabo de pocos minutos estaba cocinado. Mi tía lo mostró e inmediatamente lo tiró a la basura.

Nuestro bebé comenzó a jugar como si ya no tuviera nada, pidiendo ir a los brazos de la tía, que comenzó a besarlo y a jugar con él. Hasta hoy no pude saber qué fue lo que ella hizo, pero de lo que estoy seguro, es que el médico debe estar esperando el resultado de los análisis en busca de parásitos.

Insomnio

Una noche, después que acostamos a los niños, me fui a la cama; no me quedaban muchas horas para dormir, pues al otro día debía levantarme temprano, pero apenas apoyé la cabeza en la almohada, sentí que se me había ido el sueño.

- ¿Qué hago? - Me pregunté. Comencé un ejercicio que tal vez me produjera aburrimiento y cansancio: imaginé que escuchaba y veía la melodía de Chiribiribim, escrita sobre una cinta, pasando frente a mí sin detenerse. A veces la oía como vals y otras con ritmo diferente. Cansado de ese juego opté por las ovejitas.

Comencé a contarlas mientras saltaban un vallado alto para ellas; algunas se caían y me confundían en la cuenta. Decidí contar vacas. Pasaban tan lentamente, que la soñolencia llegó rápido: “ciento cuarenta y cuaa.....”

*

- Hola abuelita Clara, tuve dos años de edad cuando te vi por última vez. Recuerdo que estabas acostada en una cama con respaldo de metal y todos te rodeaban. Mi mamá me levantó y vos me besaste; luego me llevó afuera y ya no volví. ¿Me das la mano? No es vergüenza para un hombre ir tomado de la mano de su abuela.

- Mi niño, yo siempre vengo a visitarte cuando dormís, te doy un beso y al ver que estás bien, sigo a lo de mis otros nietos. Ahora debo irme antes de que amanezca; cuando me necesites, no tenés más que llamarme.

*

- ¿Qué hora es? - me dije. Estaba saliendo el sol; había dormido como un ángel y ¡Me sentía tan bien! Debía levantarme, bañarme y ponerme mis mejores ropas, porque ese día comenzaba en un nuevo empleo.

El ojo del patrón

Se dice que sólo el patrón ve lo que no pueden ver los demás, sin un buen adiestramiento. Él ve el crecimiento y la salud de sus animales y plantas de un solo vistazo. Así es el ojo del amo.

Ese domingo, después del almuerzo, paseábamos por la ruta casi vacía, en nuestro pequeño coche, disfrutando de la agradable temperatura primaveral. Los niños miraban desde las ventanillas hacia las calles laterales, donde se recostaban algunos talleres y depósitos. Cuando entrábamos a una bocacalle, ocurrió.

El conductor de un jeep que venía en dirección contraria, dobló sorpresivamente, y golpeó con su enorme guardabarros la puerta donde yo estaba sentado. El choque fue tan violento, que nuestro vehículo quedó destrozado, y nosotros golpeados en diversas partes del cuerpo.

Javier, mi hijo menor, recibió un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento. Inmediatamente, alguien nos trasladó al hospital de Neuquén para que nos atendieran. Fuimos revisados, realizaron curaciones a los que las necesitaban y extrajeron sangre a ambos conductores. Mientras tanto, esperamos al médico neurólogo que iba a atender a mi pequeño hijo.

El médico entró al cuarto, se acercó a la camilla, y Javier abrió los ojos recibiendo con una sonrisa - ¿Ven? Sólo con la presencia del neurólogo el chico se siente bien. Hay que confiar en el ojo del amo – dijo el doctor en broma y con satisfacción.

Una semana después, mis dolores en el costado izquierdo debido al golpe que recibí, habían aumentado. Decidí ir a que me tomaran una radiografía.

- Tenés fracturada una costilla; mirala - dijo el médico, radiólogo de fama internacional, mostrándome la placa. Podía observarse claramente una separación de un centímetro en la parte fracturada – no se puede hacer nada; volvé dentro de un mes y haremos otra placa. Verás que comienza a unirse en forma espontánea.

Dos semanas más tarde los dolores ya eran insoportables, sin la posibilidad de mover el brazo. Alguien que me vio en esa situación, me indicó una persona para consultarla.

Fui a ver a ese señor; se trababa del capataz de un galpón de empaque, que sabía tratar problemas de huesos; me invitó a su casa. El próximo domingo lo visité. Miró y tocó la parte afectada y confirmó el resultado de la radiografía; había un pequeño hundimiento en mi caja torácica en el lugar del dolor, e indicó con un dedo exactamente donde estaba la fractura.

El señor me abrazó, y con gran delicadeza me unió la costilla. Inmediatamente me sentí mejor. Le pregunte qué preparación tenía en la materia, y contestó que la obtuvo con mucha práctica y consultas en libros de Medicina. No quiso recibir ningún obsequio que le ofrecí.

Transcurrido el mes fui a hacerme la segunda placa. Sobre la costilla sólo se veía una débil línea - ¿No te dije? Tu cuerpo fue el que hizo la tarea. Yo sólo puse el ojo del patrón – dijo el médico.

No le conté cómo se curó la costilla. Esta vez el patrón no era una celebridad mundial, sino un aficionado con ojo bueno y seguro.

La suerte de llamarse Asdrúbal

Mi hijo menor tenía casi seis años, pero continuaba con sus costumbres de niño pequeño. Cierta noche me dijo estas exactas palabras – papá, contame un buen cuento que me ayude a dormir – en esa época comencé a elaborarlos, pero aún no los documentaba en el papel. El último tenía pequeños párrafos que había leído o escuchado, y para justificarme diré que tenía influencia de otros cuentos.

Comencé a contar. Mis otros dos hijos se interesaron y se sentaron a escuchar.

“Hubo tiempos en que imponían los nombres, de acuerdo con las cualidades que deseaban que tuviera la persona, en el transcurso de su vida. El proceso era sencillo: al caerse el pedazo seco del ombligo del recién nacido, lo envolvían en un papel que en él estuviera impreso o escrito algo relacionado con alguna ciencia, arte, deporte o alguna cualidad personal; lo enterraban en algún lugar secreto y, dejaban que en forma natural, volviera a la madre tierra. De esta manera, los grandes sabios o pensadores del futuro, sabían que deberían comenzar temprano sus estudios.

Con el correr de los años las cosas se simplificaron; la incorporación de santos y también la recuperación de personajes mitológicos, trajeron al uso nombres del santoral, bíblicos, de la mitología griega, latina, de otras civilizaciones, y personajes de los cuentos. Bautizaban a los niños con nombres extraídos de esas colecciones, a veces acertadamente, pero otras... Ocurrió que un niño llamado Adonis, que tenía el nombre del hermoso joven del que Venus se enamoró, era el cuco de la clase, o Penélope, niña cuyo nombre era como el de la esposa de Ulises, que tejió durante veinte años esperándolo, no sabía tejer ni siquiera el básico punto arroz.

Llegada la época de los doctores y generales; decidieron aprovechar al máximo a las personas cuyos nombres concordaban con sus aspectos físicos, profesión o carácter. Así fue que trajeron al ejército a los llamados como los gigantes Gargantúa y Pantagruel, con la intención de asustar al enemigo, e impresionar al público en los desfiles. Al llamado Gulliver le prometieron sueldo doble, pues podía formar en las filas según las necesidades, ya sea como gigante, enano o hombre de altura normal.

Hubo algunos que se escondían para no participar, debido a los nombres que ciertamente no coincidían con su ocupación, y otros temían que simples asociaciones de ideas como: "Agapito toca el pito" o "Bartolo toca la flauta" fueran causa para que los utilizaran.

El más desgraciado era Asdrúbal, niño de seis años, simpático pero con un gran problema. Sus padres quisieron que fuera como el héroe de Cartago, mas no sabían que el héroe fue muerto por los romanos, separaron su cabeza del tronco y la arrojaron por debajo de la carpa. Asdrúbal tampoco lo sabía, pero lo sufría. Los niños se reían de él y de su nombre.

Pero un día lo reivindicaron, cuando una fábrica productora de golosinas sacó a la venta una nueva garrapiñada llamada ¡Oh! sorpresa, "Asdrúbal". Y no sólo eso; organizaron un concurso destinado a todos los niños con ese nombre; el más parecido al héroe y a la garrapiñada juntos, recibiría un cajón lleno de bolsitas con el manjar, elaborado con una avellana entera cubierta con un chocolate especial, y también una pequeña suma de dinero destinada a un viaje de una semana a un parque construido sólo con golosinas.

Asdrúbal tomó un lápiz bien afilado y un papel rosado y floreado que sacó de un cajón de la cómoda de su madre, y escribió una linda cartita a la fábrica organizadora del concurso. Compró la estampilla más grande y linda que tenían en el correo para impresionar a los señores del jurado, y despachó la carta dentro de un sobre también rosado.

Parece que al concurso sólo llegó la carta de nuestro amiguito, quien ganó como verdadero campeón. Sin duda alguna, sólo había un Asdrúbal, pero valía por todos los que quisieran llamarse así.

A la semana llegó el cajón y la plata, pero se encontraron con un gran problema. El niño estaba en la edad en que los dientes caen para que después crezcan los nuevos, razón por la que no pudo masticar una sola garrapiñada.

Asdrúbal demostró que era inteligente como el héroe y que además tenía cabeza, corrió a lo del dentista y se hizo construir una linda dentadura con el dinero destinado al paseo.

Con los nuevos dientes pudo comer muchos asdrúbales, convidar a sus padres e invitar a todos los chicos, para que comieran hasta que no pudieran más. Cuando el cajón estuvo vacío llevó la dentadura a la escuela, para regalarla a algún niño que la necesitara.

Desde ese día los amiguitos lo respetaron y no se rieron más de su nombre. Todos reconocieron que era una suerte llamarse Asdrúbal.

Y así se termina el cuento rosa, carroza”.

- Gracias papá, qué lindo cuento – dijeron Gabi y Pablo.

Javier, el pequeño, me miró con cara extraña y dijo – El cuento será muy lindo, pero no hace dormir a nadie. A mí me despabiló.

Noche de sapos

Los sapos, ranas y renacuajos también fueron parte de nuestra niñez. Capturábamos renacuajos en los grandes charcos, los conservábamos en frascos con agua durante algún tiempo y luego los liberábamos en las acequias. Con los sapos teníamos juegos crueles: les arrojábamos pequeñas piedras, disfrutando del sonido hueco que se producía al ser tocados.

A medida que crecimos, los sentimientos por esos animalitos cambiaron, los juegos fueron más amigables y, lentamente comenzamos a ignorarlos. Solamente nos dedicamos a observarlos en los días de lluvia en que salían a las calles en cantidades. En los atardeceres tenían su actividad principal, que consistía en croar hacia la distancia para comunicarse con sus semejantes, cantares que se convertían en un verdadero coro de ranas.

Durante muchos años no escuché sus cantos, salvo el de uno u otro batracio escondido en alguna acequia. Pero un anochecer se me dio la oportunidad, cuando comenzó a llover torrencialmente.

Con el orgullo del que sabe, dije que la ruta estaba llena de sapos que salían a mojarse; entusiasmado, llamé a los niños para dar una vuelta y ver el espectáculo. Contentos, cantaban canciones de sapos, preparando la diversión.

Llegamos a la ruta inundada y la vimos vacía. ¿Qué demonio les avisó para que no salieran de la cueva? Hasta hoy no lo sé, y quisiera encontrarlo para reprocharle la trampa que me tendió. Desde ese día evité contar a los niños cuentos de animales, pues no me creerían, teniendo en cuenta que en esa oportunidad no me mostré conocedor del alma de los sapos.

El billete

La década del treinta fue una época de trabajo y de lucha personal por la existencia. Quien no tenía el resguardo de un capital no podía progresar, tener su vivienda propia o dar a sus hijos estudios secundarios y universitarios.

Pero todos vivían con la esperanza de que un día se produjera un cambio. La esperanza para ese cambio estaba representada por la lotería nacional; esos billetitos impresos a todo color eran el sueño semanal de los habitantes del pueblo.

Como todos, mi padre compraba todas las semanas un billete de lotería con la ilusión de obtener el premio y, a veces, recibía terminación, que consistía en una pequeña suma que alcanzaba para comprar un nuevo billete, para el próximo sorteo semanal.

Para la Navidad de mil novecientos treinta y ocho o treinta y nueve, el premio mayor consistía en cien mil pesos fuertes. No había un solo vecino que no anhelara ganarlo, es decir, en palabras sencillas, “sacarse la grande”.

Una mañana de esos días anteriores al sorteo, visitó a mi padre don Enrique, un simpático español que vendía billetes, ofreciéndole uno específico, diciendo que ese era el que traería el premio. Mi papá metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar la billetera, cuando llegó mi madre; ella le pidió que lo comprara de mi abuelo, que también vendía lotería. Don Enrique no se ofendió, y siguió caminando retorciéndose los grandes bigotes, y visitando a sus clientes

No se sabe si con intención o por casualidad, no ofreció el mismo billete que mi padre tuvo en sus manos, hasta que llegó a la casa del señor Quintana, que vivía en la última esquina del pueblo. Este hombre tenía un modesto almacén que apenas lo ayudaba para mantener a su familia. Además, Quintana padecía de una grave enfermedad renal que necesitaba un urgente y costoso tratamiento.

Don Enrique le vendió el singular billete, que unos días más tarde trajo el “gordo de Navidad”. Don Quintana cobró el premio, se curó de su enfermedad, compró una chacra en Centenario, y se fue del pueblo con su familia, y con la plata.

Mi madre se sintió culpable ante mi padre, pero él con serena sabiduría dijo – Dios supo a quien enviar el billete premiado. No se volvió a hablar del tema, y yo solamente lo traigo para poder llenar otra hoja de los relatos que escribo.

El día de los monstruitos

En nuestra posición de gente trabajadora nuestro tiempo libre era limitado, en consecuencia cada cosa era planeada de antemano. Efectuábamos visitas en las tardecitas, también en esas horas llevábamos a los niños a jugar. Además, después de la escuela iban solos a la pileta de natación cercana. No debían cruzar calles.

El último día de la semana era para hacer compras y abastecer nuestra heladera. Nuestros hijos según edad: siete, cinco y tres por una ley matemática que no es necesario explicar mantienen esa diferencia. Los acomodábamos en nuestro Fiat 1100 y viajábamos a la cooperativa de consumos que tenía un supermercado gigante donde se conseguían productos alimenticios, ropa y calzado, artículos para el hogar, productos de ferretería y hasta abonos e insecticidas para la agricultura. La Cooperativa era el orgullo de la ciudad que mientras tanto creció. Era un ejemplo de organización y cooperación en el mundo material en que se vivía.

Ese fin de semana nos proveímos hasta el próximo. A la tardecita cenamos en lo de los abuelos y el niño de turno se quedó para dormir con ellos. Volveríamos el domingo a la mañana para recogerlo. Javier, el más pequeño quedó con los abuelos. Como aún era

temprano para dormir, comenzó a pensar con qué podría jugar y decidió hacerlo con corriente eléctrica. Tomó un clavo y fue a probar qué efectos se producían al insertarlo en un enchufe. Lo descubrió inmediatamente; quedó adherido, llamó pidiendo ayuda a la abuela que quiso sacarlo y se adhirió a él y a los 220 voltios. Mientras tanto los segundos corrían y no lograban desprenderse. Mi padre corrió a la caja de los fusibles y desenroscó el tapón.

Javier desapareció y después de varios minutos lo encontraron en ese anochecer de verano metido dentro de una cama tapado hasta las orejas con cuatro frazadas y sudando como beduino.

Los pobres abuelos se sentían fracasados; tenían un gran sentimiento de culpa por lo que pudo ocurrir y sólo pudieron abrazar a su nieto para demostrarle protección.

Al otro día cerca del mediodía trajimos al héroe de regreso, vestimos a los tres con sus nuevas camisas y pantalones y nos sentamos a almorzar. Como se acostumbraba en verano, después de comer dormimos la tradicional y única siesta de la semana, pero antes les pedimos que estuvieran tranquilos, podrían ver televisión, dibujar, etc.

Entre sueñito y sueñito escuchábamos abrir y cerrar de puertas, pero eso no salía de lo común. Cuando nos levantamos los chicos no estaban dentro de la casa. Abrimos la heladera para tomar algo fresco y la encontramos vacía. Los llamamos y vimos algo que nos horrorizó: Las camisas y pantalones nuevos estaban completamente manchados de brea. Buscando sombra se acostaron debajo de un camión cisterna lleno de brea líquida; el tanque tenía varias goteras en dirección a sus ropas. Los resultados estaban a la vista.

Pero, ¿Qué sucedió con las provisiones de la semana? El más creativo de los tres propuso preparar una torta gigante. Se llevaron la docena y media de huevos, la mermelada, los quesos duros y blandos y todo lo que era cómodo llevar. No olvidaron la levadura de cerveza.

Al fondo del patio en una "informe" forma geométrica de aproximadamente medio metro cuadrado fermentaba una masa de barro. Parecía un hervidero de Copahue, pero sin cualidades curativas.

Estábamos sorprendidos e indignados y no entendíamos cómo chicos "grandes" como ellos no daban valor a las cosas. Comenzamos a pensar qué castigo les daríamos mas era difícil decidir. Por último quedamos de acuerdo en una cosa: habían propasado el límite y para eso " no existía castigo".

A causa de esta experiencia culinaria dedicamos la tarde del primer día de la semana para proveernos nuevamente de alimentos.

Colmo de males: el gran cuchillo de carnicero que era mi orgullo, desapareció. Después de dos años, cuando unos muchachos carpían la tierra para preparar una nueva quintita lo encontramos. El óxido había penetrado bastante como para que no lograran limpiarlo a pesar de que lo llevamos a tratarlo con una piedra accionada a electricidad. Lo hemos guardado para que los que no creen en mi cuento lo comprueben.

El árbol

Cerca de mi pueblo, en un paraje llamado Fisque Menuco, en las costas del río Currú Leuvú, se alzó una vez un fuerte ocupado por fuerzas que conquistaron el desierto; en las cercanías fundaron un pueblito que años más tarde fue evacuado debido a la gran inundación que destruyó el fuerte e hizo peligrar al pueblo y a sus habitantes.

Cerca del lugar creció un árbol solitario, sin cuidados ni amor. Allí se refugiaban desocupados y fugitivos de la justicia que se ensañaban con su tronco grabando con sus cuchillos nombres e imágenes. En esas condiciones, creció sin tomar buena forma; sus ramas llegaron hasta cierta altura y cayeron enredándose en una maraña de formas inverosímiles. Con el tiempo fueron apretándose hasta que se secaron.

Un día llegaron unos leñadores y al ver tamaño adefesio, serraron todas las partes secas con la intención de continuar hachando el resto del árbol, mas uno de ellos, compadecido, se ofreció para cortarlo en forma elegante, dejándole brotes para que siguiera creciendo.

Años corrieron y lo olvidaron. El pueblo se convirtió en ciudad y se extendió; por natural dinámica llegó a las cercanías del árbol que mientras tanto creció. Un día, algunos habitantes vieron desde lejos una figura verde brillante con rojos adornos; al acercarse, descubrieron asombrados un hermoso manzano colmado de frutos; el árbol los ofrecía con amor. Los probaron y vieron que eran buenos.

Desde entonces, todos los años festejan en honor a ese árbol que sin pedir nada en retribución les brindó sus dádivas. El escudo de la ciudad no tiene un manzano. Agregarlo brindaría al árbol el justo homenaje que merece.

Oscarcito

Lloro en silencio mientras escribo. Hace tiempo que tengo la hoja abierta con el título mas no pude comenzar a escribir. Algo faltaba para darle relevancia a esta historia.

Conocí a Oscar cuando pasé del turno tarde de la escuela primaria al turno de la mañana. Había llegado no hacía mucho tiempo de Ingeniero Huergo con su madre viuda y dos hermanos. La señora administraba un hotel de su propiedad y educaba a sus hijos adolescentes.

Era un muchachito alto, elegante, con torso de deportista. La sonrisa siempre estaba en él y la forma de dirigirse a sus compañeros le daba una imagen positiva. En los juegos y en las charlas recibía la preferencia de todos.

Casi no tuvimos ocasión de separarnos por mucho tiempo; en la época que estudié música él también lo hizo y a veces practicábamos juntos.

A principios de 1955 viajé a la Capital y pocos meses después llegó para hospedarse en la misma pensión conmigo y otro dos amigos. Ya había obtenido su licencia de aviador civil y ahora aspiraba ser aviador comercial. Yo era amante de la tierra firme y sin analizar las conveniencias de su futuro "estatus" entendí que eso significaba para él un aumento de jerarquía.

Debería estudiar fuerte materias como Matemáticas, Física, Meteorología y otras que escapaban a mi curiosidad. Mientras transcurría la época de estudios desarrollamos nuestra amistad y compañerismo. Compartíamos nuestro dinero, las salidas eran con el conjunto de amigos y de esa manera nos ayudábamos para superar la añoranza a nuestras familias y amistades.

Oscarcito terminó con buen éxito sus estudios; ya era piloto comercial. Con el diploma en la mano regresó al Valle para trabajar en su profesión.

Cada tantos meses, sin aviso previo, llegaba, abría la puerta de nuestro cuarto y con una amplia sonrisa decía: - ¿Qué tal? Me muero por ver una película.

Salíamos al cine y en no más de cinco minutos estaba durmiendo. Con delicadeza lo despertaba y él me lo agradecía; si lo despertaba nuevamente se enojaba y me pedía que lo dejara dormir. El viaje en el Cessna o Constanza que piloteaba lo cansaba pero él no renunciaba a su película.

En uno de esos viajes recibí de él mi bautismo en el aire; volamos hacia el Sur arreando vacas con el avión por los campos de la Provincia de Buenos Aires.

Cuando volví al valle nos encontrábamos periódicamente hasta que cada uno formó su hogar. Mantener nuestras familias nos desvió un poco de los encuentros de muchachos jóvenes.

Comenzó a transportar a funcionarios de la Provincia. Un día tormentoso volando sobre la cordillera, cayó con su helicóptero. Yo estaba muy lejos; me enteré de su muerte por la prensa. No pude contener las lágrimas.

Hoy, navegando por Internet, descubrí que el Aeropuerto de Chos Malal lleva su nombre. Se ha hecho justicia a su amor por la aviación. Su recuerdo vive en el aeropuerto. Esto era lo que faltaba a mi cuento.

Bienvenido, Aeropuerto de Chos Malal "Oscar Reguera".

* * *

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>